



***DIOS NO MIRA
NUESTRAS
IMPERFECCIONES
SINO EL FONDO
DE NUESTRO
CORAZÓN.***



Lucas 5,27-32

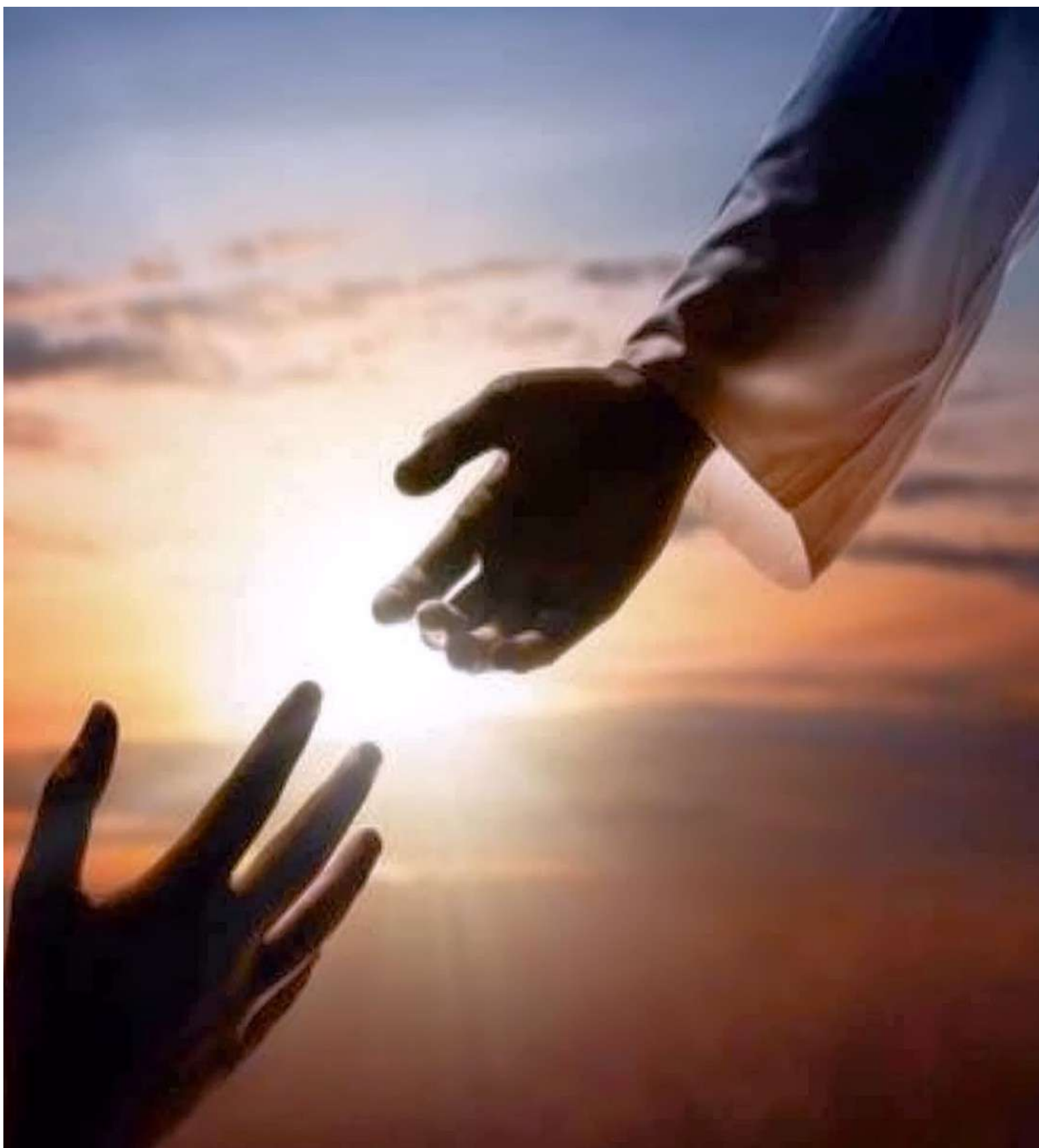
**Vio Jesús a un
publicano llamado
Leví, sentado al
mostrador de los
impuestos, y le dijo:
“Sígueme.”**



Llamando a Mateo, Jesús muestra a los pecadores que no mira su pasado, su condición social, las convenciones exteriores, sino que les abre un futuro nuevo: “no hay santo sin pasado ni pecador sin futuro”. ¿Quién soy yo para juzgar a los demás? Es la pregunta que debemos hacernos a nosotros mismos para dejar espacio a la misericordia, la actitud precisa para construir la paz entre las personas, las naciones y dentro de nosotros.



Soberbia y orgullo no permiten reconocerse necesitados de salvación, más bien, impiden ver el rostro misericordioso de Dios y su actuar con misericordia. La soberbia y el orgullo son un muro que impide la relación con Dios. Y la misión de Jesús es precisamente ésta: venir en busca de cada uno de nosotros, para sanar nuestras heridas y llamarnos a seguirlo con amor: «No necesitan médico los que están fuertes sino los que están mal».



Todos somos pecadores, todos hemos pecado. Jesús se presenta como un buen médico: cura de las enfermedades, libera del miedo, de la muerte y del demonio. Frente a Jesús ningún pecador es excluido porque el poder sanador de Dios no conoce enfermedades que no puedan ser curadas; y esto nos debe dar confianza y abrir nuestro corazón al Señor para que venga y nos sane.



Todos estamos invitados a la mesa del Señor. Aceptemos la invitación de sentarnos a su lado, junto a sus discípulos. Somos todos discípulos que tienen necesidad de experimentar y vivir la palabra consoladora de Jesús.

Tenemos todos necesidad de nutrirnos de la misericordia de Dios, porque es de esta fuente que brota nuestra salvación.

**El Señor nos invita
a levantarnos
de nuestro pecado...**



**y comenzar a vivir de
nuevo, siguiéndole.**